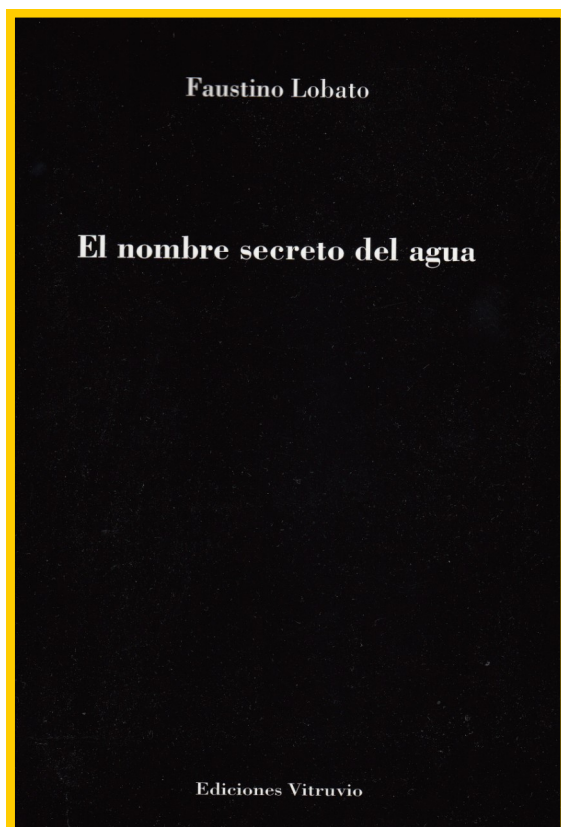


RESEÑA DE "EL NOMBRE SECRETO DEL AGUA"

Por Antonio Salguero Carvajal

Faustino Lobato

Madrid, Ediciones Vitruvio, 2016, 82 pp.



Lobato ha editado *El nombre secreto del agua* (Madrid, Vitruvio, 2016), donde trata el tema eterno del agua como metáfora de la existencia humana: el agua que vemos parece la misma agua, pero no lo es, es otra agua. Por este motivo el agua siempre ha sido metáfora del imparable fluir del tiempo. Y ese avance incontrolable supone un mal para el ser humano, porque se le ha concedido un tiempo que no genera más vida sino que se le va restando instante a instante... hasta que se le agota y desaparece irremisiblemente. Por este motivo el ser humano no puede olvidar nunca que es un ser caduco.

En Faustino Lobato el tratamiento de este asunto sorprende por la solidez que emana de su rotundo porte y, a la vez, por la fragilidad de su ámbito vital, siempre preocupado por el tiempo que pasa sigiloso, como se puede comprobar en estos versos centrales del poemario: "Nada permanece porque la vida, como el agua, / tiene ese tono de remanso / semejante al amor que renace / como un eco de la utopía. Nada permanece, todo es sueño, / movimiento, huella de misericordia / en la orilla de lo posible" (53).

Las influencias de Heráclito y Manrique son patentes: el primero aparece en una nota que precede al poemario y no es difícil encontrarnos con el noble-

poeta en versos como: "El agua fluye y me siento río" (17). Ese pasar silencioso, sutil, como si no pasara, resulta sin embargo un suplicio para el poeta: "Todo fluye en medio de esta confusión de las horas / [...] / Todo se vuelve lucha de contrarios / [...] / Todo fluye en esta gravedad transparente y desnuda / de la vida, donde primero fue el agua" (21).

No obstante el amor logra aminorarle la tristeza que le produce el paso inexorable de la existencia: "Cómo romper mi ansia de vivir / en la bóveda de lo improbable, / saber de tu voz, / dejar que tu abrazo me bañe / hasta la última coma de mi cuerpo" (26). Y también la poesía le sirve de bálsamo sanador para sus heridas vitales: "Una roca, un verso, que hace leve / este dolor que me renueva / en los pliegues del agua hasta conjurar / el aliento primero" (37).

El poeta, ante esta inmutabilidad del destino, se deja llevar por la placidez y el susurro del agua: "A solas, en este ronronear del agua, / desaparezco. Me voy con la corriente de plata / que inunda el recuerdo" (58). Pero la realidad es otra muy distinta para quien vive conscientemente como el poeta: "Aladas historias que desvelan otros paisajes, sin héroes ni princesas, / en este fluir de agua y amapolas (59) / [...] / La corriente no evita el dolor de esta soledad / que me embarga. // El silencio evidencia el vacío / donde la angustia toma partido, / [...] / Un preludio de lo incierto. Nadie responde" (60).